

# Los más pequeños del bosque<sup>1</sup>

María Zambrano

**I**gnoro, entre las muchas cosas, las interpretaciones dadas, por la Psicología, analítica o no, a la invención de los enanos, de los gnomos, de los elfos, de los duendes, es decir, de los seres pequeños, de tan pequeños casi indiscernibles. De esos pueblos de almas semejantes a la nuestra, sometidas a vivir en cuerpo de otra magnitud que la de aquellos que han tomado posesión del Planeta y aparecen como sus dueños: los hombres propiamente humanos. De estos pueblos de menudo porte, los enanos son los más semejantes al hombre dueño y señor: gnomos, elfos, duendes son más espíritus nacidos entre la vegetación, los elfos, en las cuevas, los gnomos —si mi memoria no me engaña— y no se sabe dónde los duendes. Los enanos no; son como nosotros, los que integramos la humanidad. Y así su invención aparece más extraña que la de los espíritus, de uno u otro sexo, pues femeninos los hay: sílfides, ondinas y salamandras, hijas de los elementos directamente, como si la vida en todos sus reinos y

---

<sup>1</sup> El presente texto, fechado en Roma el 21 de agosto de 1963, debía haber acompañado a la primera edición del libro de Alfredo Castellón *El más pequeño del bosque* (Vox-Gala, Madrid, 1964; con música de Cristóbal Halffter e ilustraciones de los alumnos del Colegio Estilo, de Madrid), pero no vio la luz sino hasta la edición que llevó a cabo Alfaguara (Madrid) en 1984, por los motivos que expone el propio Castellón:

*Yo había puesto mucha ilusión en la publicación de este libro infantil. Pero también en el prólogo que me había escrito María Zambrano. María conoció la gestación del cuento, ya que en alguna de mis visitas a su casa de piazza de Popolo le había hablado de él, e incluso creo recordar haberle leído algunas páginas.*

*No era el primer texto que había escrito para niños, pues en el año 1955 la revista Blanco y Negro, de Madrid, me había publicado una pequeña obra de Navidad: «El pastor y la estrella», que ella ya conocía.*

*Cuando años después terminé el libro, se lo envié a Roma para que me escribiera el prólogo prometido. Y así lo hizo, pero a los pocos meses recibí de la censura la prohibición de dicho prólogo. El texto no tenía nada que pudiera ofender a la dictadura ni a persona alguna del régimen. Se la censuraba a ella, a la republicana, a ella que tantos años llevaba sufriendo el exilio, y los que le quedaban todavía. Le escribí unas líneas con la desagradable noticia, anunciándole también que renunciaba a publicar el libro hasta que pudiéramos hacerlo con su prólogo. María me contestó animándome a que lo editara, pues no era la primera vez que la censuraban. Malos tiempos aquellos para ella y su hermana Araceli, pero también para nosotros, esos niños crecidos en la dura posguerra española.*

*El libro se publicó sin su prólogo en la editorial Vox-Gala, en 1964, pero años más tarde tuve la satisfacción de verlo por fin publicado junto al libro, reeditado por Alfaguara. Alegría, pues, para mí y también para ella.*



Ilustración de Pedro Casariego  
para *El más pequeño del bosque*. Vox-Gala, 1964.

zonas tuviera que dar seres dotados no ya de alma, sino de intención y de actividad y de un cierto, enigmático pensamiento. Como si la criatura que es el hombre tuviera que vérselas con estos otros seres semejantes a él, mas de origen elemental; elementos ellos mismos, alfabeto, en su conjunto, de una intención de individualidad, de última individualidad que existiera en todas las zonas del reino de la vida.

Pero el enano no es hijo de los elementos, es humano, pues que tiene padres de quienes procede del mismo modo que los hombres; muere también, no es inasible al morir como quizá lo sean los hijos de los elementos, espíritus vitales simples, ángeles de la naturaleza meramente natural, y como si ella, creada, se desdoblara creando.

Mas el enano no nace de la naturaleza, es como un desdoblamiento del hombre. El hombre se ve pequeño en el enano y al mismo tiempo grande, gigante. El enano hace sentirse al hombre gigante de una parte, o a lo menos un grandullón que creció demasiado, indiscretamente. Y de otra parte, al presentarle una imagen de sí mismo le hace sentir que así debería de ser, que así es, en realidad, como si, al fin, tuviera la imagen justa de su propio tamaño. Muestra, pues, el enano con su existencia ininterumpida, con su reiterado aparecer en los momentos más impensados de la literatura de un pueblo, algo muy esencial e íntimo de la conciencia humana, ese temblor de haber ido más allá, de haberse dejado atrás a sí mismo; la angustia, también, de su infancia abandonada, y aún de la vejez extrema en que se vuelve a ser pequeño, ya que la vejez reduce el cuerpo como reduce el repertorio de apetitos y ambiciones, conduciendo así a la simplicidad.

Y el enano es siempre más simple que el hombre. Así lo vemos en las límpidas, fragantes páginas de Alfredo Castellón, en que nos cuenta la historia, la simple y por ello simbólica historia, de este último enano Chi, el enano ejemplar, como podría llamársele, en medio de ese pueblo de enanos establecido al borde de un lago.<sup>2</sup> Y un lago

<sup>2</sup> *El más pequeño del bosque* narra las aventuras de Chi, a algunas de las cuales hace alusión Zambrano en las líneas que siguen. Chi, amigo de los animales y de las plantas, es el más bajito de una comunidad de enanos que habita junto a un lago, en hongos-casa. Tres obsesiones nublan su feliz existencia: quiere tener

es un espejo real, y además un símbolo del espejo que la mirada humana busca para ver; para ver al ser a quien pertenece y aún para verse a sí misma, para verse viendo. Y esto, verse viviendo y verse viendo, parece ser un anhelo irreprimible de la criatura humana. Lo busca en el amor, lo busca en la hermandad. Un enano es el hermano que no pudo crecer, el hermano de quien me he distanciado, sin que sea cosa clara si él fue el culpable o el desgraciado por

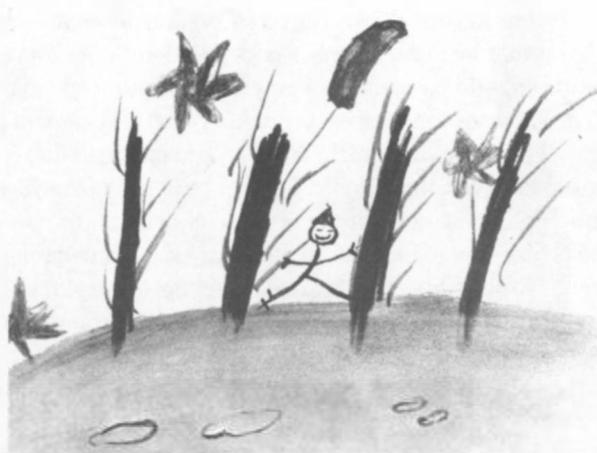


Ilustración de María Binetti para *El más pequeño del bosque*.

no haber crecido, o yo el desgraciado-culpable por haber logrado crecer. Y en su virtud la figura del enano venga a pertenecer, quizá, a la familia legendaria, mítica, sagrada de los hermanos que aparecen en ocasiones marcando una etapa esencial de la humana historia —del humano crecimiento—, desde la Sagrada Escritura hasta el mito de los Dióscuros en el que se resuelve el conflicto, en el que el abismo de la diferencia extrema, uno mortal, el otro inmortal, hace lo que parece imposible que en un abismo pase: dividirse, dividirse al ser compartido por obra del fraternal amor. Pues que Cástor, el mortal, pasará la mitad del año en los «inferos» como corresponde a su condición, y la otra en los espacios celestes propios de su inmortal hermano Pólux, quien, a su vez, realiza el mismo giro. Y al condicionar el abismo que parecía insalvable, establece con el movimiento que crea noche y día, el giro de cielo y tierra que es orden, el orden. Y la paz también, esa que sella la salida de la inicial guerra civil, verdadero umbral de la historia, ante el que la historia se detiene. Y con ello, el inicial sacrificio de un hermano, que arroja fatalmente su sombra también sobre el otro, queda cancelado.

---

barba, quiere ver de cerca la campana que tañe en la torre de un pueblo humano próximo y que imagina de oro, y sobre todo, quiere crecer, alcanzar la estatura de un gigante. Consigue con artes mágicas ver cumplido su primer deseo, pero ello le provoca no pocos sinsabores (para burlarse de él, los gusanos lo arrastran hasta un árbol, al que lo atan con los pelos de su flamante barba, y lo abandonan allí, a merced de los vampiros; luego, una tormenta lo arrastra hasta el lago, donde está a punto de ahogarse). Más tarde, un pastor lo desengaña respecto al valor de la campana. Y al tercer deseo, el de crecer desmesuradamente, renunciará, cuando tiene la oportunidad de conseguirlo, por cariño a sus minúsculos amigos los insectos, de los que se distanciaría enormemente si creciese, y porque éstos le convencen de que la hermosura «está en las cosas y las personas tal y como son nacidas». *N. de la R.*

La historia que cuenta Alfredo Castellón del ejemplar enano Chi pone de manifiesto algunos de los símbolos esenciales de que es portador el pueblo de los enanos. Hace sentir en todo momento esa especie de cruz que el enano lleva, como si por no haberla dejado caer fuera así de pequeño, como si él cargara la cruz enteramente, mientras que el hermano que creció la arrojó o la ladeó un día, o sólo un momento que a veces basta. Pero él también quiere crecer para ver y para verse en el lago; para verlo, diríamos, de una manera diferente como él debe sentir que ven los mayores las cosas: desde arriba, dominándolas. Su atención está imantada por la torre de la iglesia del pueblo de los hombres que ve alzada en el horizonte. Le fascina el resplandor de oro de la campana, la que llama, indica, la que rige en cierto modo el pueblo. Y por si fuera poco, se le presenta la tentación: quiere tener barba, signo de mayoría absoluta de edad, de autoritaria hermosura, de realeza. Y aquí viene el momento, sin duda, más cargado de magia de todo el relato. La barba que, al fin, fluye de su rostro despierta la enconada burla, la saña de los gusanos que le conducen al bosque y le encadenan a un árbol, tejiéndole con los cabellos de la barba una tela que le aprisiona. Tiene esta acción el carácter de un sacrificio ritual; los cabellos dejan ver lo que de vegetal tiene por ellos la criatura humana. Y el sacrificio es la venganza de la naturaleza vegetal, que recobra así a este ser que quiere usarla para alzarse sobre sí mismo, para ir más allá de lo que ya ha ido solamente por ser un humano. Y hace ver también la figura de un rey natural, de un rey-mágico, que nos recuerda la imagen del rey-sacerdote de la leyenda de la *Rama dorada* que Frazer ha desentrañado, encontrando en su fondo el origen mágico de la realeza. Y el rey natural, elemental mágico, es, ha de ser siempre sacrificado. El lugar máximo del humano sacrificio se cumple siempre, sin duda, cerca o sobre o entre o con un árbol en la confusión momentánea de la vida humana que queda primero aprisionada, enclavada en el árbol, y que después se abre sobre él, vertiendo su último elemento vital, la sangre que se hermana con la savia del árbol. Aquí, en la historia del enano Chi, no se cumple el sacrificio; naturalmente se presenta como una imagen de la hermandad, también, entre el enano, humano ya, y el árbol, el rey de la vida vegetal.

Y así, el enano quizá sea ese eslabón que desde una cierta perspectiva se aparece como símbolo del hermano, del hermano que a su vez lo es de otros; de los pequeños animales, de los vegetales como el hongo que lo alberga, del mundo de lo natural a su altura que lo acoge fraternalmente y que amenazará desarmarlo y aún devorarlo si él se ensalza hacia el hermano mayor, hacia el hombre crecido, abandonándolos así y abandonando al par su función de mediador entre estas criaturas y el hombre hecho y derecho que las mira desde arriba.

Roma, 21 de agosto de 1963

**María Zambrano**